

**Enric Pol et Sergi Valera (1999) Symbolisme de l'espace public et identité sociale.
Villes en Parallèle, 28-29, 13-33**

Introducción- presentación

1 - Significado y simbolismo del espacio
La apropiación en la base

2 - Symbolisme i identitat social
Espacios simbólicos urbanos

3 - Como un espacio deviene un lugar simbólico
Qué entendemos por 'simbolismo *a priori*'
Qué entendemos por 'simbolismo *a posteriori*'

4 - Algunes bases empíricas:
Simbolismo del espacio, participación y apropiación
Monumentalidad y simbolismo: un factor no suficiente
La claridad en el diseño y los costos de la innovación
Simbolismo, identidad social e identidad de lugar

5 - A modo de conclusión.

Referencias bibliográficas.

En este artículo se presentan algunas reflexiones y conclusiones sobre que significa la expresión "simbolismo de un espacio urbano", quién puede decidir acerca del tipo de significado, cuál es el rol del simbolismo del espacio urbano en relación a la identidad social. Ello, en base al concepto de identidad simbólica del espacio urbano como forma de generar y consolidar identidades sociales urbanas en relación al entorno. Además, desde lo que llamamos 'simbolismo *a priori*' y 'simbolismo *a posteriori*' se analizan las fuentes del significado simbólico, tanto como expresión del poder como construcción social. Todo ello en base a cuatro estudios empíricos realizados en distintos barrios de Barcelona.

Introducción

Estamos en una fiesta y alguien nos presenta a una persona totalmente desconocida para nosotros. Inmediatamente vamos a tratar de conocer algo de esta persona. Probablemente una de las primeras cosas que le preguntaremos será: ¿de dónde es Ud? o ¿dónde vive?.

Este es un ejemplo de la vida cotidiana -bastante utilizado ya- pone de manifiesto la necesidad de ubicar e identificar a la persona desconocida a partir de algunas características comunes que faciliten la interacción social, resaltando la tendencia a la identificación en virtud de un referente geográfico, esto es, en base a categorías espaciales. En otras palabras, utilizamos como primera forma de clasificación y conocimiento de una persona los estereotipos y las características físicas y sociales de una colectividad, en forma de atributos simbólicos de determinado lugar, que se proyectan sobre sus habitantes. Es una forma de categorización rápida y eficaz -lo que no significa que sea precisa- a la que se tiende para reducir la angustia que genera lo desconocido.

La ciudad, como referente geográfico y simbólico, incluye una gran variedad de espacios públicos que la caracterizan y que constituyen su imagen (parques, calles, edificios públicos, pero también esculturas, mobiliario urbano, puentes, etc). Pero, ¿qué significa la expresión "simbolismo espacial"?, ¿quién puede decidir el tipo de significado y simbolismo del espacio?, ¿cuál es el rol del simbolismo del espacio urbano en relación a la identidad social? En este artículo presentamos algunas reflexiones y conclusiones sobre esta cuestión en base al concepto de identidad simbólica del espacio urbano como forma de generar y consolidar identidades sociales en relación al entorno. Además, desde lo que llamamos 'simbolismo a priori' y 'simbolismo a posteriori' analizaremos las fuentes del significado simbólico, tanto como expresión del poder como construcción social. Todo ello en base a cuatro estudios empíricos realizados en distintos barrios de Barcelona, que se sintetizan en la segunda parte del artículo.

1. Significado y simbolismo del espacio

El simbolismo del espacio urbano no es una anécdota superflua. Se muestra como una componente básica y determinante del bienestar social. En estudios propios sobre la calidad de vida en Barcelona (Pol y Domínguez 1986; Pol, Guàrdia y col. 1990) hemos podido constatar el cumplimiento de la tendencia -que también se ha observado en otros estudios (Buttimer, 1972; Marans y Rodgers, 1975; Galster y Hesser, 1981; Cutter, 1982; entre otros)- de que, entre entre

otros factores, si existe una buena identificación con la ciudad, si existe una identidad de lugar potente, el nivel de satisfacción global del ciudadano es más elevado que si no existe. Ello incluso en el caso que éstos sean muy críticos con los servicios o aspectos concretos de su realidad más cotidiana (Glatzer i Mohr, 1987).

Para Lynch (1960), un elemento o un espacio urbano entra en el mundo percibido de las personas o de las colectividades cuando reúne al menos tres características: a) tiene **identidad**, es decir se distingue de otros elementos, es separable del resto, lo cual permite que pueda ser percibido como un todo autónomo de su contexto; b) tiene una **estructura** que marca una relación pautal del elemento con el observador y otros objetos; y c) tiene un **significado**, entendido en este caso como una implicación emotiva y funcional para sujeto.

Estas características, señaladas bastante tempranamente, no agotan la necesidad explicativa del proceso de simbolización del espacio. Requieren alguna explicación teórica más, especialmente en relación a su dimensión social, que trataremos de abordar.

Las personas y los colectivos necesitan identificarse con un espacio físico propio así como con un grupo que les aporte las claves para crear y compartir su modo de ser. Es decir, necesita modelos referenciales. Lo que llamamos cultura -la cultura popular-, los valores éticos, estéticos y relacionales compartidos, están en lo más profundo de los procesos psicológicos, en parte explicado por las teorías de la apropiación del espacio, como veremos.

Por otra parte, la identidad personal y social se apoya en la identidad de lugar o *place-identity* (Proshansky, Fabian & Kaminoff 1983; Lalli 1988; Hunter 1987). Este es un proceso independiente de la calidad estética o monumental, como ha mostrado Valera (1993). Podemos proponer significados para los espacios de la ciudad a través de su tratamiento urbanístico, la monumentalización o a través de la taxonomía (lo que hemos llamado simbolismo 'a-priori'), pero no cuajan si no se da una recreación-aceptación-apropiación por parte del colectivo (Valera, Pol y col. 1988).

Cuando una intervención es vista por la colectividad receptora como gratuita, que contraviene sus referentes o no aporta nuevos elementos de entidad e identidad en línea con aquello que valoran como deseable y de lo que probablemente carecen en aquel momento, más que identificación se genera el sentimiento de alienación e inhibición ante el proceso de gestión-transformación del espacio. Además, entonces, a la inhibición se le puede añadir agresividad contra lo público, percibido no como lo común sino como lo ajeno. Ello puede explicarse en la

medida en que, cuando un grupo desarrolla vínculos cognitivos, afectivos y/o simbólicos en relación con un entorno se genera un sentimiento de identidad grupal donde el referente espacial supera su dimensión física para conceptualizarse como una categoría social, en un sentido muy similar al desarrollo que de este concepto se ha hecho desde la psicología social (Tajfel, 1981; Tajfel y Turner, 1986; Turner 1987).

La apropiación en la base

El sentimiento de pertenencia, de poseer y gestionar por propiedad legal, por uso habitual o por identificación, -proceso que se ha llamado **apropiación** (Korosec, 1976)-, es la otra cara de la moneda de aquel concepto tan *demodé*, pero necesario aun, de 'alienación' -del que tan profundamente se ocupó Lefebvre en relación con la ciudad y la vida cotidiana de sus habitantes. En otros textos (Pol, 1987/1994) hemos analizado los componentes que están implicados en el proceso de apropiación, describiendolos como una relación dialéctica y cíclica entre una componente de 'acción-transformación' y otra de 'identificación simbólica'. Mediante la acción sobre el entorno, la persona y la colectividad transforman el espacio, dejando su impronta, y lo incorporan en sus procesos cognitivos y afectivos de una manera activa y actualizada. Es decir, lo dotan de significado individual y social a través de los procesos de interacción. Por la interacción simbólica la persona y el grupo se reconocen en el entorno y se autoatribuyen sus cualidades como definitorias de su propia identidad.

En el ciclo vital, en las primeras etapas hasta la madurez, prima la acción sobre la identificación. En la vejez prima más la identificación que la acción-transformación, aunque ambas están siempre presentes. Así, el simbolismo del espacio socialmente construido deviene un factor de estabilidad de la identidad individual y colectiva, a la vez que un factor de cohesión de grupo.

El proceso requiere tiempo, y se apoya en la construcción simbólica a través de la interacción, a la vez que en la organización y transformación del entorno. El entorno 'apropiado' pasa a desempeñar un papel referencial fundamental en los procesos cognitivos (categorización, orientación etc.) y afectivos (atracción del lugar, autoestima etc.), que explica más allá de lo meramente funcional y comportamental, parte de algunos de los procesos sociales urbanos. Por ejemplo, las resistencias a los realojamientos de las personas mayores, aunque sea para acceder a lugares objetivamente más confortables, pero que no tienen la carga simbólica de su historia personal y social. Su identidad se ve menoscabada por la pérdida de sus referentes

funcionales y simbólicos, difíciles de reconstruir a edades avanzadas, como se ponía claramente de manifiesto en un estudio de los efectos sociales de la renovación urbana del centro antiguo de Barcelona (Pol y Moreno, 1992).

2. Simbolismo e identidad social

La psicología social ha desarrollado un amplio marco teórico sobre la identidad social. Por otro lado, algunos psicólogos sociales y ambientales han centrado su atención sobre aspectos ambientales y el rol del entorno físico en la génesis, desarrollo o mantenimiento de la identidad social.

La identidad social se deriva básicamente de la pertenencia y la afiliación a grupos sociales, socioprofesionales, grupos étnicos, religiosos, nacionales etc, con los que las personas se identifican y generan un grupo que comparte atribuciones internas y externas que definen lo que caracteriza su identidad. De todos modos, las personas también se identifican a si mismas como miembros de grupos o comunidades en base al sentimiento de pertenencia a categorías socioespaciales concretas. En general, podemos considerar las categorías urbanas como un tipo de categorías sociales que las personas usan para definir lo que hemos denominado su **identidad social urbana** (Valera, 1993; 1996a; Valera y Pol, 1994). El hecho de considerarse uno mismo vinculado a escenarios urbanos concretos, presupone un conjunto de atribuciones elaboradas y compartidas socialmente o ampliamente reconocidas por miembros de otras categorías. Desde nuestra perspectiva, las personas o grupos pueden definirse a si mismas en base a una identificación con un entorno urbano en un determinado nivel de abstracción: "barrio", "área" y "ciudad", demostrando las similitudes intercategoriales y las diferencias entre los individuos o colectivos de un barrio y los de otros barrios, áreas o ciudades, en base a dimensiones definidas dadas que actúan como referentes. Estas dimensiones son (Valera y Pol, 1994): *Dimensión territorial* (límites geográficos y características de éstos), *Dimensión comportamental* (prácticas sociales), *Dimensión social* (estructura y tipo), *Dimensión ideológica* (valores, creencias y cultura), *Dimensión psicosocial* (características típicas, estilo de vida), *Dimensión temporal* (Sentimiento de una historia común).

Estas dimensiones aparecen como ejes sobre los cuales se forja la **identidad social urbana**, como subestructura de la identidad social. El mecanismo de identificación con categorías espaciales urbanas se desarrolla como un proceso dinámico esencial. Las personas se

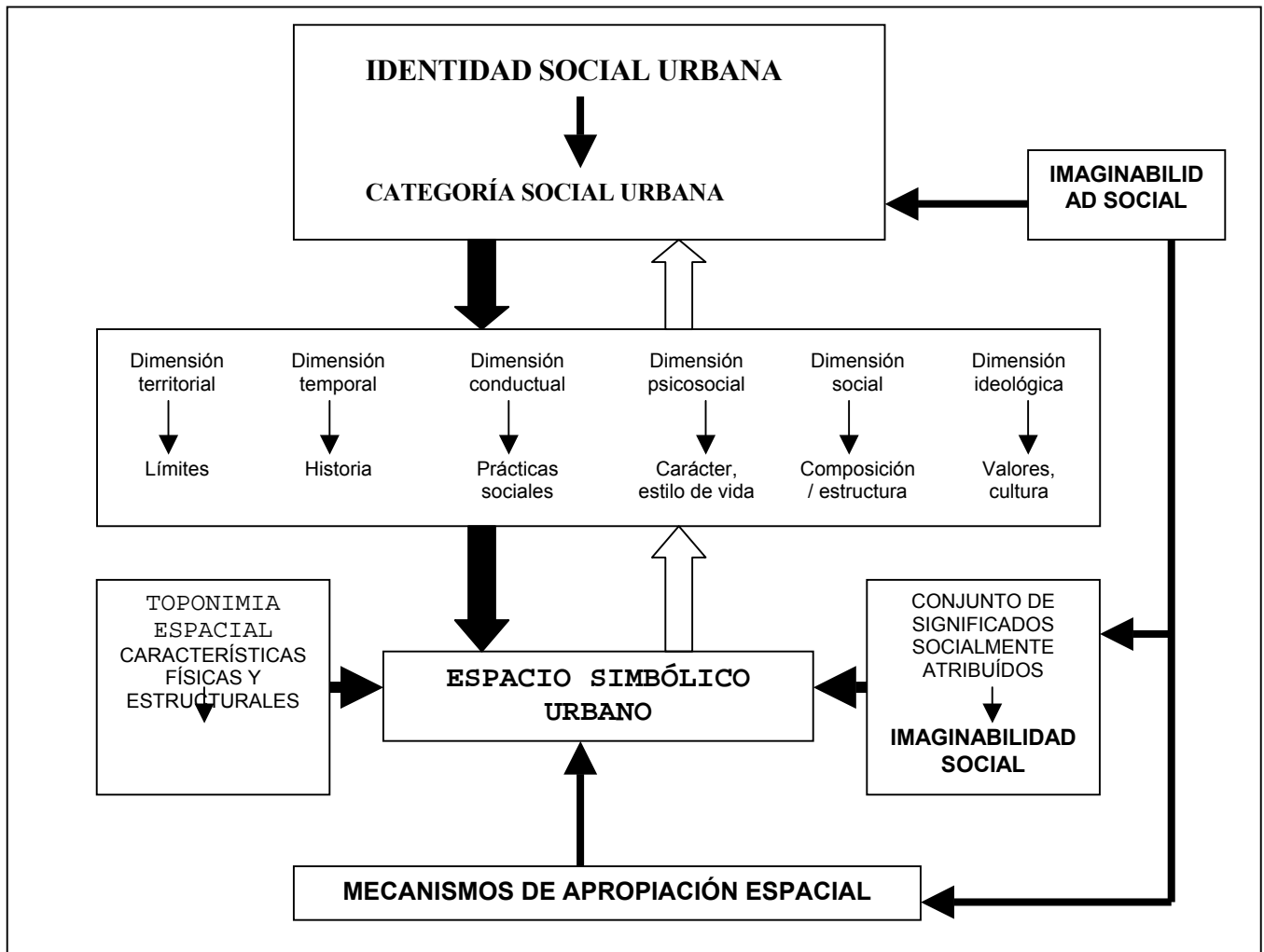
identificarán en base a diferentes niveles de abstracción categorial, dependiendo de las condiciones concretas en las que se produzca la interacción. Luego, la identidad social espacial dependerá a un mismo nivel tanto de las atribuciones internas como las externas que definen una determinada categoría social urbana. Así por ejemplo, si nos identificamos ante otro a partir de la categoría espacial «barrio» sólo lo podremos hacer si este otro conoce de alguna manera nuestro barrio y es también capaz de identificarse en base a su barrio y esta categoría es relevante para nosotros. En cambio, si nos identificamos ante una persona extranjera, probablemente la categoría barrio no sea relevante y tengamos que utilizar una categoría de nivel de inclusión más elevado como la «ciudad». En ambos casos se necesita tener algún conocimiento previo de las dimensiones categoriales usadas en la interacción. Este conocimiento de las dimensiones más salientes no es necesariamente un conocimiento *in situ* del barrio, area o ciudad definida.

Se pueden señalar dos elementos que pueden convertirse en símbolos representativos de la identidad social urbana de un grupo o una comunidad: el nombre de la categoría social urbana con el que es identificada y definida una area concreta del entorno urbano, y lugares definidos cuyas características peculiares son reconocidas como representativas de dicha categoría urbana, al mismo tiempo que simboliza algunas dimensiones relevantes para dicha categorización. Estos elementos son los espacios simbólicos urbanos.

Espacios simbólicos urbanos

En este contexto, un **espacio simbólico urbano** será aquel elemento de una estructura urbana, entendida como categoría social, que identifica a un grupo social vinculado a este entorno, capaz de simbolizar una o algunas de las dimensiones relevantes de dicha categoría, y que permite percibirse como iguales a los miembros del grupo en la medida que se identifican con este espacio, y diferentes de los demás grupos en virtud que no se identifican con dicho espacio o las dimensiones categoriales sombolizadas por él. Así, algunos espacios tienen la propiedad de facilitar el proceso de identificación social urbano y pueden converstirse en símbolos de identidad para los grupos asociados a entornos urbanos concretos (Valera, 1993, 1996b). La 'imagineabilidad (*imageability*) ambiental' o capacidad de elicitar una imagen cognitiva clara y relevante (Lynch, 1960) y la 'imagineabilidad social' o características del conjunto de significados espaciales socialmente creados y compartidos (Stokols, 1981) son dos de las

características básicas para definir un espacio simbólico urbano. Este significado -o “campo social percibido” en terminología de Stokols y Shumaker (1981)- puede ser analizada en base a su contenido, claridad, complejidad, heterogeneidad (homogeneidad), distorsiones o contradicciones (op.cit.). Por otro lado hay que tomar en consideración la apropiación del espacio, según el proceso antes descrito, a través de la cual las personas son capaces de crear o adoptar significados simbólicos en el espacio e incorporarlos en su propia identidad. La Figura 1 refleja el cuadro conceptual expresado hasta ahora.



Relación entre identidad social urbana, espacio simbólico urbano y apropiación espacial (Valera, 1996)

3. Como un espacio deviene un lugar simbólico

La mayoría de propuestas teóricas que pretendían aportar explicaciones sobre como se producen los procesos de simbolización, a pesar de sus diferencias sobre procesos o funciones, comparten una parte de la explicación que centra el origen en el acuerdo social o en la vivencia individual del objeto o del espacio. En la práctica cotidiana, la creación del espacio colectivo tiene, históricamente, un doble origen: la creación social y espontánea de nuevos espacios por parte de la población usuaria, y la planificación o acción intencional de quien tiene poder para poner en marcha una acción de transformación del entorno. De este doble origen parte nuestra propuesta de diferenciar entre simbolismo *'a priori'* y simbolismo *'a posteriori'*.

Qué entendemos por Simbolismo 'a priori'

Cuando una instancia de la estructura social tiene capacidad para promover o proponer la creación o transformación de un entorno, con una dirección o intencionalidad determinada, está ejerciendo un acto de poder (por ejemplo la urbanización de una calle, una plaza o un barrio). Este acto de poder pretende dotar el espacio de una forma, de una estructura, de unos elementos y/o de unos nombres (una toponimia) que pretende realzar unos valores, una estética, unos hechos, para que perduren en la memoria colectiva, o quiere borrar otros hechos, otros recuerdos, otras vivencias, que están en la colectividad y se consideran menores o incluso indeseables. Se pretende crear un espacio simbólico con una significación preestablecida, que puede o no cuajar entre la población, es decir, puede o no ser integrada por la población como elemento referencial y vertebrador de la comunidad, lo cual es lo mismo que devenir un elemento simbólico compartido.

La mayoría de las grandes acciones urbanísticas en la ciudad, la mayoría de intervenciones con pretensiones artísticas en el espacio público, tienen estas características. Por ejemplo, para el tema que nos ocupa, la implantación de un monumento o espacio más o menos monumentalizado, se hace con la intención de evocar un recuerdo, un hecho, una persona, o simplemente dejar en la memoria colectiva el testimonio de un momento político, artístico, estético, social, etc. que ha decidido la instancia que tiene poder para hacer la intervención. El mismo hecho de dar nombre a las calles, a las plazas o a los parques, son intentos de dotar de un valor simbólico a determinados espacios por parte de la estructura de poder, generalmente desde un despacho.

El resultado puede presentar diversos supuestos:

1.- La intervención hecha o prevista puede sintonizar con la sensibilidad -valores compartidos, estética, cultura, tradición etc- de la población receptora, y ser integrada fácilmente a sus referentes compartidos, reforzando su identidad y actuando de elemento aglutinador o vertebrador social de la colectividad.

2.- La intervención puede también no sintonizar con la 'sensibilidad' de la población receptora, ser un rompimiento de su quehacer, de su devenir, de su tradición. En este caso, pueden suceder tres cosas:

a) La población se siente agredida y rechaza activamente la intervención, a pesar de que por su contundencia acabe siendo un referente inevitable de la colectividad.

b) La población se siente ajena a la intervención y al valor simbólico que se le ha querido otorgar, con lo cual se dificulta la integración de la intervención como referente colectivo, y no juega ningún papel vertebrador social ni reforzador de la identidad colectiva. (Este es el caso de aquellos monumentos que podemos encontrar en todas las ciudades, que a pesar de su potente forma y de llevar muchos años emplazado en el mismo lugar, no ha tenido nunca ningún tipo de relevancia social y es perfectamente desconocido por la ciudadanía.

c) La intervención rompe con la sensibilidad actual de la población (en el sentido definido anteriormente), pero aporta elementos, valores, símbolos nuevos que socialmente son apreciados de manera positiva por el colectivo afectado (por ejemplo, modernidad, dinamismo, estatus, riqueza etc) y a pesar de la posible agresividad de la intervención pasa a ser fácilmente integrada como referente identificador y vertebrador de un colectivo..(Un buen ejemplo es la Vila Olímpica de Barcelona).

Qué entendemos por Simbolismo 'a posteriori'

Hablamos de simbolismo 'a posteriori' cuando nos referimos a aquellos espacios u objetos que juegan un papel activo en el mundo referencial de una colectividad, a partir del significado que a través del tiempo y del uso ha ido adquiriendo para cada una de las personas individualmente y para el grupo social como conjunto; aquellos espacios que a partir de la interacción entre las

personas han devenido lugares comunes, cargados de significados y que actúan como elementos vertebradores de la comunidad.

Los espacios que llamamos simbólicos 'a posteriori' no requieren ninguna estructura formal potente, monumental o destacada. Pueden ser estructuralmente anodinos, y sin embargo ser tremendamente relevantes para un grupo o para un colectivo determinado de población.

De hecho, nuestras ciudades están cargadas de espacios de estas características. Las personas, individualmente o de forma colectiva, necesitan identificar territorios como propios, para construir su personalidad, estructurar sus cogniciones y sus relaciones sociales, a la vez que cubrir sus necesidades de pertenencia y de identificación. Algunos autores, como Lefebvre (1970), hablan de "la construcción social del espacio" para referirse a como los espacios de vida -la ciudad- tradicionalmente se construye a partir de un acuerdo social y con un cierto nivel de participación de la ciudadanía. Ello redundará en una fuerte identificación de las personas con su creación, y el espacio tiene entonces una fuerte significación para sus habitantes, independientemente de su estructura.. Los puntos de encuentro que espontáneamente se van formando en las poblaciones, los rincones insospechados y/o marginales que son 'apropiados' por pandas de adolescentes o por tribus urbanas como lugar común, són muestras de lo que referimos.

Ahora bién, este fenómeno también se puede dar con los espacios que han sido preconcebidos con una significación 'a priori'. Requiere, sin embargo, el paso del tiempo, de un tiempo indeterminado y diferente para cada situación. A veces, incluso, de diversas generaciones. Las características estructurales de la intervención, juntamente con las virtudes funcionales del entorno u objeto, pasan entonces a ser determinantes.

4 - Algunas bases empíricas

A modo de ilustración y soporte empírico del planteamiento expuesto, vamos ahora a presentar muy sincreticamente cuatro investigaciones

Simbolismo del espacio, participación y apropiación

Muchas veces se ha propuesto una mayor participación para una mejor conservación del entorno (Brower, 1980). En algunos casos, se ha tratado de estimular una cierta participación 'domesticada', instrumentalizada desde el poder, sin demasiado éxito. Sin embargo, la

participación 'real' y profunda, la que arranca de la acción social, puede mostrar excelentes resultados. A modo ilustrativo nos referiremos a un estudio de casos, orientado a explicar el porque de la muy distinta evolución de dos espacios públicos muy cercanos en el mismo barrio, La Capa y Can Sabater, en lo que respecta al cuidado ciudadano, la conservación y la función simbólica referencial para los vecinos del barrio. El estudio se realizó en 1991, con métodos observacionales y entrevistas con los vecinos, organizaciones vecinales y responsables de la administración municipal.

Se trata de un barrio donde hace algún tiempo, en palabras del 'cronista literario' de los inmigrantes en Barcelona, Paco Candel, "la ciudad perdía su nombre" -es decir, marginal, humilde, de bajo nivel cultural, mayoritariamente de inmigración y castigado por el paro-. A finales de los setenta y principios de los ochenta, cuando la población comenzó a estar enraizada y a vertebrarse suficientemente el tejido social, se registró una fuerte reivindicación vecinal de espacios verdes, parques y plazas, entre otros servicios. Por la presión vecinal sobre el ayuntamiento, una antigua fábrica (Can Sabater), ubicada en un interior de manzana de edificios altos, fue transformada en un hermoso parque, en el que los vecinos colaboraron decididamente en la toma de decisiones sobre el diseño y su mantenimiento.

Tradicionalmente se atribuye a las clases bajas cierta incapacidad de mantener en buen estado sus espacios públicos. De hecho, la mayoría de barrios humildes presentan un aspecto bastante lamentable. En el caso de Can Sabater, después de más de diez años, el estado de conservación del parque es excelente. En gran medida facilitado por un fuerte nivel de control social, de protección de lo que consideran suyo. Cualquier vecino reprende a otra persona que lo ensucie o cometa cualquier acto bandálico, por pequeño que sea.

A menos de trescientos metros, en la misma calle, en el mismo barrio, sin discontinuidad social, hace unos siete años se construyó ex-novo una manzana entera acondicionándose su interior como espacio público. Además de viviendas sociales comprende una residencia asistida para la tercera edad y algunos servicios sociales municipales. Su diseño fue concebido por los arquitectos como una plaza 'dura', dominada por el cemento más que por la vegetación, sin ninguna participación de los potenciales usuarios. Obviamente, los vecinos de las nuevas viviendas no estaban en el lugar, pero sí los del vecindario, que fueron los primeros usuarios del espacio público. Al poco tiempo de su apertura, el espacio estaba totalmente bandalizado. La

vegetación desapareció por completo y los subespacios formados por elementos constructivos 'duros' se llenaron de graffitis, geringuillas, porquería, o se arrancaron las baldosas y barandillas. ¿Como explicarse éste comportamiento tan distinto de una misma población? Sin duda la estructura física, el tipo y la calidad del diseño y la construcción tienen algo que ver, pero no es suficiente para explicarlo. En el primer caso, Can Sabater, es un espacio altamente apropiado, La Capa no. En Can Sabater se dió un elevado nivel de acción-transformación que ha devenido en una fuerte identificación con el espacio por parte de los vecinos, en La Capa no. Probablemente se de con el tiempo, cuando hayan pasado dos o tres generaciones y el tejido social lo haya integrado en su espacio simbólico como propio, como ha ocurrido en otros barrios obreros periféricos de Barcelona y de tantas otras ciudades. La conclusión de nuestro informe fue que el factor clave del distinto comportamiento en relación a los dos casos, estaba en los procesos de participación que habían potenciado la apropiación del espacio de Can Sabater, deveniendo un elemento emblemático de las posibilidades de logro cuando se da una acción colectiva bien orientada, una construcción social del simbolismo del espacio.

Monumentalidad y simbolismo: un factor no suficiente

El segundo estudio que referimos como base ilustrativa de las exposiciones teóricas previas, también está centrado en un barrio obrero, de tipo 'dormitorio' primero y actualmente 'normalizado' con vida propia según un modelo clásico (comercio, servicios etc); con una importante presencia de autoconstrucción y construcción de apartamentos en altura de muy baja calidad y bajo nivel de urbanización; en origen de inmigrantes de muy diversas procedencias peninsulares; en un inicio periférico del núcleo urbano de Barcelona pero en la actualidad ya forma parte de la zona central de la conurbación metropolitana de Barcelona. Durante la década de los ochenta fue objeto de una muy importante inversión en urbanización, dignificación y rehabilitación por parte de la administración local.

Lo que caracterizó esta inversión fue la filosofía que inspiró las intervenciones concretas realizadas.

El entonces director de urbanismo de la ciudad, el arquitecto Oriol Bohigas (1985) explica que se pretendió no solo mejorar urbanísticamente la zona, sino 'normalizarla' socialmente favoreciendo que pasara a formar parte del imaginario colectivo de todos los ciudadanos. Para ello había que

convertir el barrio en un punto referencial de la ciudad. Ello se concretó en la urbanización de calles, plazas, parques y espacios públicos, dotándolos de un elevado nivel de monumentalidad, a partir de la estructura urbanística y a partir de ubicar en la zona un buen número de monumentos y esculturas como formas de cualificar los espacios. En el transcurso estaba la idea de que es más importante lo simbólico que lo funcional. En todo caso, lo simbólico puede ayudar a estimular las interrelaciones funcionales del endogrupo (los vecinos del barrio) y con exogrupo, es decir con el resto de ciudad y romper así su marginalidad.

En otros términos, extendiendo el planteamiento de Turner (1987), en la línea de Proshansky, Fabian y Kaminoff (1983) Lalli (1988) y Hunter (1987), las características de la estructura física del espacio pueden favorecer y acelerar el surgimiento de una identidad social positiva del barrio como categoría social y facilitar la interrelación con la ciudad como categoría social de orden superior, más inclusiva.

El estudio, desarrollado con la colaboración de nuestros estudiantes, consistió en un seguimiento a lo largo de cinco años (1985-1990), paralelo a la progresiva transformación del barrio. Se aplicó un número variable de cuestionarios por año (entre 100 y trescientos), a la vez que se realizaron entrevistas y observaciones. Se analizaron los lugares referenciales, los lugares de encuentro formales e informales, los espacios y elementos emblemáticos que constituían la imagen (en el sentido clásico de Lynch, 1960) y los que generaban más identificación como categorías definitorias de su propia identidad como sujetos y como colectivo. A nivel de resultados, lo primero que hay que constatar es la existencia de una red de espacios simbólicos para el endogrupo, previos a la intervención urbanística, no caracterizados precisamente por su 'monumentalidad', cuyo valor simbólico es un atributo de la interacción social. Son independientes de la calidad ambiental pero están fisicalizados en 'lugares' que han sido 'apropiados'. Este es el caso de pequeñas tiendas de barrio, bares con nombres referentes a los lugares de origen, solares abandonados 'apropiados' por bandas juveniles, etc.

En segundo lugar, a lo largo de todo el periodo analizado, aunque variando de peso específico, los lugares emblemáticos connotados positivamente, con los que se identifican para definir su identidad de lugar son externos a su barrio: la Sagrada Familia y el Parque Güell (ambos de Gaudí), con lo que se cumple la conocida tendencia en los mapas cognitivos, de extender el propio barrio hacia elementos centrales o de prestigio. Raramente aparecen los cinco conjuntos esculturales monumentales con que se pretendió cualificar la zona, si bien es cierto que en los

cinco años de seguimiento su frecuencia de aparición pasó del 12% al 48%, y alguno de ellos más que otros. Ello nos planteó la necesidad de estudiar y explicar por que unos elementos urbanos entran más fácilmente en el imaginario colectivo que otros.

Los espacios que más rápidamente formaron parte del universo simbólico referencial de la población del barrio fueron los que permitían su uso para actividades de carácter social, formales e informales (encuentro, ocio, paseo, compras, reuniones o manifestaciones vecinales, culturales, etc). En este sentido, el nuevo paseo de la Vía Julia devino un espacio vertebrador de la vida social del barrio, con una fuerza referencial muy superior a la de los grupos escultóricos que alberga.

Un último dato que queremos resaltar en esta brevisima reseña, nos informa del cambio de apreciación de la zona por la población general de la ciudad. En los últimos años (1990-1996) el incremento del precio del espacio construido en Barcelona ha estado alrededor del 4% de promedio. En la zona descrita (Nou Barris) ha llegado a alcanzar un incremento del 17%. Ello nos indica que, además de una mejora de la calidad de vida en la zona, los efectos de la intervención han generado unas nuevas dinámicas sociales de 'gentrificación', con fuertes efectos potenciales en la composición social del barrio, que no entraremos a valorar aquí.

Si bien el lenguaje urbanístico, la estética general y de sus elementos (mobiliario urbano, etc) transmiten unos valores de modernidad, de dinamismo, de cambio, etc, que ayudan a transformar la autopercepción que los habitantes de la zona tienen de sí mismos, y a mejorar de forma muy sustantiva la valoración que desde el exogrupo se hace de ellos, como espacio y como colectivo social, y ayudan a conformar una identidad social más definida y positiva, la monumentalidad por si sola no es elemento suficiente para acelerar este proceso (y con ello la 'normalización' o integración plena en una categorización social más amplia) si no va acompañada de posibilitar nuevas interacciones, actividades, acciones en el espacio, que la colectividad afectada valore como positivas, en lo funcional y en lo simbólico.

La claridad en el diseño y los costos de la innovación

En la investigación comentada en el apartado anterior, hacíamos una leve referencia a la estética, la funcionalidad, el uso y la relación del ciudadano con una parte de los elementos urbanísticos que puede considerarse la más efímera, pero no por ello menos importante en el proceso de simbolización del espacio urbano. De hecho el mobiliario urbano, los bancos, las

farolas, las fuentes, las papeleras etc., es uno de los elementos más 'activos' de la interacción entre el entorno y el ciudadano.

En el doble revulsivo que fueron para la ciudad de Barcelona la transición democrática (1977) que llegó de pleno a los ayuntamientos el 1981, cargada de proyectos y acciones de reconstrucción, por un lado, y la designación en 1986 de la ciudad como sede de las olimpiadas de 1992, que permitió una inversión económica en obras urbanísticas y de infraestructura como no había tenido en durante el último medio siglo, han permitido a la ciudad vivir una etapa casi de laboratorio social y urbanístico, por la previsión y la celeridad de los cambios producidos. En ellos, la renovación del mobiliario urbano de diseño moderno, postmoderno y vanguardista, ha jugado un papel importante, que no siempre ha sido bien aceptado y/o entendido por los ciudadanos.

En este contexto, y como preparación de una exposición valorativa con el título *¿Y nosotros que? Lo que los usuarios piensan del mobiliario urbano*, en el marco del certamen bianual 'Primavera del Diseño', se realizó un estudio sobre la valoración que hacían los ciudadanos de una muestra de 30 elementos urbanos (Iñiguez y col., 1993). Se trabajó con una muestra opinática de 300 personas, a la que se presentaban los elementos urbanos en fotografías tomadas de escenarios reales en los que estaban instalados. Se emplearon técnicas de asociación libre de palabras y escalas valorativas, sobre las que se aplicó un análisis de correspondencias utilizando el programa SPAD. Por otro lado, durante los días que la exposición estuvo abierta se invitaba a los visitantes a cumplimentar un cuestionario valorativo de los mismos elementos que habían sido valorados en el estudio base, que estaban expuestos físicamente o en fotografía. Ello permitió hacer un estudio comparativo entre las dos muestras.

Como resultados destacaremos que de manera altamente coincidente entre las dos muestras, algunas de las propuestas eran bien aceptadas, pero las pretendidamente más 'novedosas', de formas más extrañas o menos familiares, difíciles de identificar su utilidad por salirse de los estándares que los ciudadanos estaban habituados, resultaban rechazadas. Los ciudadanos preferían objetos -mobiliario urbano- innovadores, pero solo relativamente innovadores, de los que puedan identificar su función claramente y les transmitan confianza para su uso. Ello nos lleva a la necesidad de resumir algunas propuestas explicativas de las tendencias detectadas en el estudio (Pol, 1993; Iñiguez et al., 1993), que sintetizamos a continuación.

La apuesta por una imagen de modernidad de Barcelona, globalmente cuenta con una excelente aceptación. Ello no obsta para que los ciudadanos sean críticos frente algunos objetos concretos. Las ciencias sociales han puesto de manifiesto como puede haber un aparente gusto por la innovación pero hay una preferencia por lo conocido. No se trata de que estemos en una época en la que lo reccionario esté al alza (esto sería otra discusión), sino que se trata de una respuesta 'natural' de la economía de esfuerzos adaptativos propia del ser humano.

Las 'buenas formas' a las que estamos habituados actúan de referente, permiten identificar objetos, funciones, gustos y pertinencias de grupo o de clase. Cambiar estos referentes requiere un esfuerzo que no siempre estamos dispuestos a realizar. Es un proceso cultural largo, pero sobre todo un proceso vinculado al uso y a la experiencia del sujeto con el objeto. Así, es coherente y lógico que los ciudadanos prefieran objetos cuyo uso y función sea legible claramente y les transmitan confianza para su uso. Es el caso de la fuente bella, esbelta, decorativa, pero que no permite identificar claramente si se trata de una escultura, un 'pipi-can', un surtidor o una fuente de agua potable. Puede cumplir con la funcionalidad, la estética, la emotividad... pero le falla el elemento de la lectura clara, de identificación, de comunicar confianza.

La confusión de innovación con extravagancia (y a menudo incomodidad) está empezando a generar cierta desconfianza hacia el 'diseño'. Innovación, extravagancia y perversión de las 'buenas formas', son y han sido a lo largo de la historia recursos para el progreso del arte, y es bueno que así sea. Pero la aplicación indiscriminada (o discriminada pero mala) a los objetos de la ciudad, puede profundizar una tendencia propia de la vida urbana moderna y postmoderna: la ciudad, el espacio público, la calle y sus objetos se vuelven -o son vividos como- agresivos para el ciudadano. No por culpa del diseño (que puede colaborar) sino por problemas estructurales del modelo social en el que estamos insertos. Frente la ciudad agresiva el ciudadano se convierte en más y más defensivo de sí mismo, e inhibido ante lo público. El diseño, y el buen uso del diseño, puede proporcionar un entorno más 'amable' o por contra más estresante.

El diseño siempre ha existido, aunque limitado a unos ámbitos más o menos selectos. La generalización -o si se prefiere, la vulgarización- del diseño es uno de los resultados de la internacionalización de la economía, de las formas de producción o por lo menos de los mercados, que recurre sistemáticamente a un simbolismo a priori. Ello propicia algunos efectos perversos, o por lo menos no siempre previstos: el alejamiento del ciclo del producto del

consumidor por un lado; el invertir lo diseñado como símbolo de status deseado y deseable por otro; la fabricación masiva de productos en pocos centros para todo un mercado amplio, etc. Todo ello parece estar rompiendo la diversidad formal y estética de nuestras comunidades. Estamos en una tendencia creciente a la 'homogeneidad diseñada' que nos hace reactivos a lo que es distinto y desconocido. Ello no es ajeno a otros problemas sociales como el rechazo a la diversidad social, cultural o étnica.

La habituación a unas cadencias, a un ritmo formal, a una estética del producto 'bien hecho', ha transformado profundamente nuestro entorno y nos ha hecho a su vez -sin quererlo- inhibidos y dependientes. En relativamente pocos años hemos pasado del dominio de la estética popular o artesanal a la estética del diseño industrial. La transformación va más allá de una acomodación estética. El entorno diseñado no admite la incisión espontánea del usuario o del ciudadano, si no es 'diseñada'. Hierde a la vista y deviene vulgar. Mantener entonces la calidad estética del entorno requiere la inhibición del ciudadano. El ciudadano se siente agredido, desautorizado e incapaz de actuar en su medio y le devuelve la agresión con pequeños actos vandálicos o con la destrucción. Buena muestra de ello son algunos de nuestros modernos parques o plazas.

Además, la conservación del entorno diseñado no admite la reutilización directa de materiales para usos distintos a la función primaria de dichos materiales, como era habitual en la cultura pre-moderna. La cultura del diseño no permite hacer un letrero con las maderas de una caja de frutas, reparar una valla o tantas otras utilizaciones distintas y creativas, habituales cuando por necesidad había que agudizar el ingenio.

Todo tiempo pasado fué indudablemente peor, pero ello no exime de una visión crítica de la realidad actual. En un momento en que se quiere promocionar una cierta cultura del reciclaje, reutilización y recuperación de materias y recursos naturales y transformados por la industria, hay que poner en evidencia la contradicción de mensajes que conlleva la presente forma de la cultura del diseño como parte del universo simbólico dominante y transmisor de valores, no siempre congruentes.

Simbolismo, identidad social e identidad de lugar

La última investigación que se presenta trata de recoger evidencia empírica acerca del modelo de identidad social urbana expresado en las páginas anteriores (ver FIGURA 1). En este sentido, el estudio de un barrio de Barcelona puede proporcionar elementos para detectar la

configuración de la identidad social de sus habitantes, las dimensiones relevantes de esta identidad y su plasmación en determinados espacios urbanos que, a través de una construcción social de significado pueden considerarse espacios simbólicos del barrio.

El ámbito escogido para poner empíricamente a prueba estas propuestas fué el barrio del Poblenou de la ciudad de Barcelona. Este barrio, nacido alrededor de 1850, situado al lado del mar y muy cerca del centro de Barcelona, fué conocido durante décadas como el "Manchester Catalan" ya que en él se concentraban gran número de fábricas, industrias y almacenes. Recientemente está siendo sometido a una profunda remodelación urbanística, destacando la gran zona residencial construida con motivo de los Juegos Olímpicos de Barcelona de 1992 y conocida con el nombre de Villa Olímpica.

Para abordar la investigación, se ha optado por una propuesta metodológica que plantea una triple aproximación al objeto de estudio: una aproximación socio-histórica, una aproximación cuantitativa y, por último, una aproximación cualitativa basada en la técnica de grupos de discusión y en un análisis de contenido de la información obtenida. Aunque cada una de las tres aproximaciones tiene sus propias características específicas y aporta datos de distinta naturaleza, son consideradas como tres fases sucesivas del mismo proceso de investigación. De esta manera, las informaciones aportadas por una de las fases se recogen y se complementan en las fases siguientes.

A partir del análisis de la información obtenida, se ha podido constatar la existencia de una identidad social urbana claramente definida entre los habitantes del barrio, ya que estos se categorizan como tales a partir de: a) el reconocimiento mayoritario de un nombre común que les identifica como categoría social urbana; b) unas determinadas características que comparten y que los diferencian de otros barrios (dimensiones de la categoría); y c) unos espacios simbólicos urbanos que son representativos del barrio y de los valores compartidos por sus habitantes.

En cuanto al primero de estos elementos, cabe destacar que el 70% de los sujetos encuestados identificaron a su barrio como "Poblenou", mientras que un 11,6% lo identificaron como "Sant Martí de Provençals", nombre del distrito municipal y antiguo nombre del municipio que fué anexionado a Barcelona en 1897.

En segundo lugar, la complementariedad de los resultados obtenidos en las tres fases de análisis permiten extraer las características o dimensiones que definen a los sujetos del barrio.

Éstas son, básicamente, un área geográfica comúnmente identificada (dimensión territorial); la referencia a una composición social de clase obrera (dimensión social); la percepción de compartir un pasado común que los identifica (dimensión temporal), así como unas determinadas prácticas sociales características como la celebración de manifestaciones culturales específicas (por ejemplo, la Fiesta Mayor del barrio) y actividades cotidianas como el "ramblear" -actividad lúdica de paseo informal y abierto a la interacción espontánea, característico de algunos barrios- (dimensión conductual); una tradición ideológica radical y liberal (dimensión ideológica) y, la más destacada, un estilo de vida propio similar al que puede encontrarse en un pueblo o una comunidad reducida (dimensión psicosocial).

Por su parte, el análisis socio-histórico permite profundizar en este pasado común así como demostrar que determinados factores como el aislamiento mediante la presencia de barreras físico-arquitectónicas y la poca permeabilidad y conectividad con el resto de Barcelona, la homogeneidad de las clases sociales originarias y su evolución posterior, o la presencia activa de redes asociacionistas, son determinantes en la formación de los contenidos de estas dimensiones categoriales.

Especialmente quisiéramos comentar la importancia atribuida a la dimensión psicosocial como factor configurador de la identidad social urbana. El hecho de percibir un estilo de vida propio de un pueblo o de una comunidad reducida aparece como una categoría de respuesta destacada en el análisis cuantitativo. Por su parte, el análisis de los grupos de discusión permite observar como esta dimensión ("el barrio es como un pueblecito dentro de Barcelona") se traduce en un sentimiento de familiaridad entre los habitantes del barrio ("todos nos conocemos", "somos como una familia") así como de seguridad y apoyo ("nunca te encuentras solo", "te encuentras como en tu propia casa"). Este tipo de expresiones referidas al conjunto del barrio, aunque sorprende encontrarlas dentro de una metrópoli como Barcelona, están en consonancia con la importancia otorgada al barrio como entorno urbano facilitador de identidad social (Milgram, 1984; Reid y Aguilar, 1991) o de estilos de vida característicos (Jacobs, 1964). A ello cabe añadir que éste no se trata de un barrio marginado ni marginal, a pesar de no disponer de una arquitectura urbana monumental, sino más bien discreta y anodina.

Por lo que respecta a la dimensión territorial puede observarse la aparición de una área de intersección comúnmente aceptada la cual, siguiendo el análisis socio-histórico, coincide con lo que podríamos denominar el casco antiguo del barrio (y que es, a su vez, la zona donde se

concentran el mayor número de viviendas así como los principales espacios simbólicos detectados posteriormente). Por otra parte, puede observarse como esta delimitación no coincide en absoluto con los límites administrativos del barrio, reforzándose así la idea del barrio como una categoría natural (Wirth, 1945; Américo, 1990) fruto de las percepciones de los sujetos y del grado de vinculación con el entorno.

En tercer lugar, se han podido detectar y analizar determinados espacios del barrio que, por sus características, pueden definirse como espacios simbólicos urbanos, relacionados claramente con el sentimiento de identidad de sus habitantes, especialmente en cuanto a las dimensiones temporal, conductual y psicosocial. Entre ellos, destaca claramente la Rambla del Poblenou como el espacio más prototípico (mayoritariamente reconocido como el más representativo del barrio), aquel que dispone de unas características físico-estructurales que facilitan una imagen cognitiva clara y identificable (la propia estructura de rambla le confiere estas cualidades) así como aquel al cual se le atribuye una mayor riqueza y cantidad de significados claramente establecidos y socialmente compartidos relacionados con gran parte de las dimensiones categoriales antes expuestas. En este sentido, el campo social percibido en relación a este espacio (Stokols y Shumaker, 1981) es el más completo, claro, complejo y homogéneo de los lugares analizados.

En definitiva, el barrio del Poblenou puede ser considerado como una categoría social urbana por parte sus habitantes, es decir, existe un sentido de pertenencia al barrio que facilita una identidad social urbana en base a la categoría □barrio del Poblenou□. Esta identidad que implica a una serie de dimensiones relevantes para el proceso y se plasma en determinados espacios simbólicos urbanos.

5. A modo de conclusión

En el planteamiento teórico y las investigaciones empíricas expuestas, hemos tratado de mostrar que el simbolismo del espacio no es solo un constructo teórico y abstracto válido solo para la explicación de procesos psicológicos básicos de la relación persona-entorno, sino que es útil también para la explicación y la intervención tanto en personas y colectivos sociales, como para la creación y la gestión del entorno urbano. Los complejos mecanismos relacionados tanto con la cognición, la afectividad, la interacción, la construcción y el mantenimiento de la identidad

individual y social encuentran por lo menos parte de su explicación en la interacción con el entorno a partir de los procesos simbólicos.

La estructuración intencional de un entorno, lo que hemos descrito como el intento de creación de un simbolismo a priori, no es viable si no es en conjunción con la construcción social de una significación del lugar, que es siempre una atribución desde unos parámetros y unos valores culturales. Está en la sensibilidad o en la habilidad del arquitecto de sintonizar con estos valores culturales (por otro lado siempre en evolución) que el espacio creado pueda ser un factor de aceleración de dicha construcción social del significado del lugar. En ello no influye tanto la monumentalidad como la estructura que permita e invite a la acción social en el lugar, facilitando la apropiación y devenga un lugar referencial y aglutinador de un colectivo. Ello puede permitir que el espacio se cargue de atributos positivos para la colectividad con los que identificarse como personas y como grupo, facilitando así el surgimiento de una identidad social.

Pero la ciudad está repleta de espacios y lugares simbólicos que no son monumentales y además urbanísticamente son anodinos. Las personas construyen el simbolismo del espacio - simbolismo a posteriori- a pesar de que su estructura no sea arquitectónica o urbanísticamente relevante. Sobre estos espacios también descansa una identidad de lugar y una identidad social. Ello a menudo es olvidado por los gestores y los arquitectos, cuando priman la dimensión funcional y estética sobre el valor social del lugar. Por supuesto que existen lugares anodinos sin trascendencia social. Pero al planear remodelaciones urbanísticas sería bueno tomar en consideración si el planeamiento o los proyectos alteran lugares, barrios, etc que son espacios simbólicos referentes para la identidad social de una colectividad. Existe una amplia literatura, que hemos referido en el texto, que indica que la valoración del entorno, del bienestar social y de la calidad de vida, mejoran cuando existe una identificación con el grupo social y con el lugar, es decir, cuando el simbolismo del espacio es un componente positivo de la identidad social.

Ello es especialmente importante si consideramos que la transformación urbanística puede ser un proceso rápido y drástico, dependiendo de factores económicos, pero la creación -o la reconstrucción- de una identidad social que facilite la cohesión social y la solidaridad, es un proceso lento y a menudo doloroso para las personas que han visto rotas sus redes de soporte social informal. Individualismo, insolidaridad, marginalización, desviación social o simplemente malestar personal y social, a menudo son el resultado de este rompimiento, de la pérdida de los

referentes simbólicos sociales y del espacio urbano, en definitiva de la identidad social. Pero esto sería tema para otro artículo.

Referencias bibliográficas

- Amérigo, M. (1990) *Satisfacción residencial. Una aproximación psicosocial a los estudios de calidad de vida*. Madrid: Universidad Complutense.
- Bohigas, O. (1985) *Reconstrucció de Barcelona*. Barcelona: Edicions 62.
- Brower, S. (1980) "Territory in Urban Settings". En I. Altman, A. Rapoport, & J.F. Wohlwill (Eds.). *Culture and Environment*. Human Behavior and Environment, vol. 4. New York: Plenum Press.
- Buttimer, (1972) "Social space and the Planning of Residential Areas." In *Environment and Behavior* 4 (3) 279-318
- Cutter (1982) "Residential Satisfaction and the Suburban Homeowner" In *Urban Geography* 3 (4) 315-327
- Galster y Hesser (1981) "Residential Satisfaction, compositional and contextual correlates" In *Environment and Behavior* 13, 735-758.
- Glatzer, W. y Mohr, H.M. (1987) "Quality of life: Concepts and measurement". *Social Indicators Research*, 19 (1), 15-24.
- Hunter, A. (1987) "The symbolic ecology of suburbia". En I. Altman & Wandersman (Eds.). *Neighborhood and community environments*, Human Behavior and Environment, vol. 9, 191-219. New York: Plenum Press.
- Íñiguez, L., De la Madrid, C., Igartúa, A., Vidal, T. (1993) *I nosaltres què? El que els usuaris pensen del mobiliari urbà* Resumen-catálogo de la exposición del mismo título. Primavera del Diseño. Máster en Intervención Ambiental. Universitat de Barcelona.
- Jacobs, J. (1964) *The death and life of great American cities*. New York: Random House.
- Korosec-Serfati, P. (Ed.) (1976) *L'appropriation de l'espace*. Proceedings of the Strasbourg IAPC Conference. Louvain-la-Neuve: CIACO.
- Lalli, M. (1988) "Urban Identity". En D. Canter (Ed.). *Environmental Social Psychology*, NATO ASI Series, Behavioural and Social Sciences, the Netherlands.
- Lefebvre, H. (1970) *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Península, 1971. (original en París: Anthropos).
- Lynch, K. (1960) *The image of the city*. Cambridge: MIT Press.
- Marans y Rodgers (1975) "Toward an understanding of community satisfaction". En A. Hawley & V. Rock. (Eds.), *Metropolitan America in contemporary perspective*. New York: Halstead Press.
- Milgram, S. (1984) "Cities as Social Representations". En S. Moscovici & R. Farr. (Eds.) *Social Representations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Pol, E. (1987) *Espais simbòlics a priori i a posteriori*. Conferencia en el Colegio Oficial de Arquitectos de Cataluña.
- Pol, E. (1987/1994) "La apropiación del espacio" Conferencia pronunciada en la Universidad de Barcelona en 1987. En *Familia y Sociedad* 1, 1994, 233-249. Reimpreso en E. Pol y L.

Iñiguez (Eds) *Cognición, Representación, Actitudes y Apropiación del Espacio*. Monografías Psico/Socio/Ambientales nº 10. Publicaciones de la Universidad de Barcelona. 1996.

- Pol, E (1993) "Más allá del Diseño" Presentación del Catálogo de la *I nosaltres què? El que els usuaris pensen del mobiliari urbà*. Primavera del Diseño. Máster en Intervención Ambiental. Universitat de Barcelona
- Pol, E. y Domínguez, M. (1986) "Calidad de vida en la ciudad: claves para su comprensión contextual". *Documentación Social*, 67, 231-241.
- Pol, E., Guàrdia, J. et.al. (1990) *Qualitat de vida a Ciutat Vella*. Ajuntament de Barcelona, Informe no publicado.
- Pol, E. y Moreno, E. (1992) "Gentrification and Degradation of a Neighborhood. Social and Environmental Factors" In A. Mazis & C. Karaletsou (Eds) *Socio-Environmental Metamorphoses* 12 IAPS Conference. Aristotle University, Vol 4 , 400-405
- Proshansky, H.M., Fabian y Kaminoff (1983) "Place-identity: physical world socialization of the self". *Journal of Environmental Psychology*, 3, 57-83.
- Reid, A. y Aguilar, M.A. (1991) "Barrio y vida cotidiana: una experiencia de trabajo en la reconstrucción de la vivienda". En A. Massolo et.al. *Procesos rurales y urbanos en el México actual*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Stokols, D. y Shumaker, S.A. (1981) "People in Places: A Transactional View of Settings". En J.H. Harvey (Ed.) *Cognition, Social Behavior, and the Environment*. Hillsdale, New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Tajfel, H. (1981) *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona: Herder, 1984.
- Tajfel, H. y Turner, J.C. (1986) "La teoría de la identidad social de la conducta intergrupar". En J.F. Morales y C. Huici (Eds.). *Lecturas en Psicología Social*. Madrid: Uned, 1989.
- Turner, J.C. (1987) *Redescubrir el grupo social*, Madrid, Morata, 1990. (original en Oxford: Basil Blackwell).
- Valera, S. (1993) *El simbolisme a la ciutat. Funcions del espai simbòlic urbà*. Departamento de Psicología Social, Universidad de Barcelona. Tesis doctoral.
- Valera, S. (1996a) "Identidad social y espacio simbólico urbano". *Revista de Psicología Social* (en prensa)
- Valera, S. (1996b) "Análisis de los aspectos simbólicos del espacio". *Revista de Psicología. Universitas Tarraconensis* (en prensa).
- Valera, S. y Pol, E. (1994) "El concepto de identidad social urbana. Una aproximación entre la Psicología Social y la Psicología Ambiental". *Anuario de Psicología*, 62 (3), 5-24.
- Valera, S., Pol, E. et.al. (1988) "The Barcelona's Districts Look". En *Proceedings IAPS 10*. Delft (The Netherlands): Delft University Press.
- Wirth, L. (1945) "Ecología Humana". En G.A. Theodorson, *Estudios de Ecología Humana*, vol. 1. Barcelona: Labor, 1974. (orig. en American Journal of Sociology, pp. 483-488).